

IGLESIA CATÓLICA APOSTÓLICA ORTODOXA DEL PATRIARCADO DE ANTIOQUÍA - ARQUIDIÓCESIS DE CHILE

COMUNIDAD

BOLETÍN SEMANAL DE LA PARROQUIA DE LA SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA

DOMINGO 22 DE OCTUBRE DE 2017

AV. PEDRO DE VALDIVIA 92 - PROVIDENCIA - SANTIAGO DE CHILE - F: 222317284

EMAIL: IGLESIA@IGLESIAORTODOXA.CL - WEB: WWW.IGLESIAORTODOXA.CL

SACERDOTES: PADRE ECÓNOMO FRANCISCO SALVADOR - PADRE STAVROFORO SANTIAGO AGUILAR



La libertad humana entre el llamado amoroso de Dios y la violencia del mal diabólico

“Los demonios le rogaron que les permitiera entrar en los cerdos. Y Él les dio permiso” (Lc 8:32)

Nadie puede entender su fuero interno si no entiende primero su entorno y su propia relación con él. En realidad, definir nuestra relación con Dios es simple: la fe. Sin embargo, la confusión está ocasionada por el rol del diablo en este entorno. ¿Cuál es la influencia sobre nosotros de este ente con respecto a aquel en quien la ignorancia y el miedo prevalecen? Esto forma parte de nuestro mundo en el que luchamos por nuestra existencia y para que sea mejor.

El relato del Evangelio revela el rostro de este ente extraño. San Juan Crisóstomo, al interpretar este relato, - es decir el hecho de que Cristo expulsaba a menudo los demonios y sanaba a los endemoniados atormentados por ellos, sin que los demonios le hubieran pedido semejante cosa: irse a una piara de puercos -, plantea una cuestión esencial: ¿Por qué el Señor permitió a los demonios que entraran en la piara de puercos después de salir del hombre endemoniado? Él mismo responde: “Jesús lo permitió a propósito para echar luz sobre dos asuntos de gran importancia”.

El primer asunto es dar a conocer cuán grande es el mal que ocasiona el diablo. El diablo es un ser libre pero muy malo; nunca quiere el bien. Por ello, se llama en forma absoluta “el mal”. El diablo es hostil a Dios y al hombre, la querida creatura de Dios, mientras que no tiene enemistad con las creaturas no-libres y materiales, es decir con los animales irracionales y la creación física. El Apóstol Pedro describe al diablo como león rugiente que busca una víctima para secuestrar de los seres humanos. Pese a que el Señor se lo permite, el diablo quiere destruir todo, aún a la piara de puercos. Esto es lo que aconteció en el Evangelio. El diablo es tan malo que trata de destruir todo cuanto llega a su alcance. Aquí, constatamos cómo la legión de demonios condujo la piara de puercos hasta el precipicio y la hundió en el lago.

El segundo asunto es que el permiso dado por Jesús revela inmediatamente cuán débil es el diablo, pese a que es malvado. En la medida que es malo, es débil también. Dios no le permite hacer daño al ser humano, su hijo querido. Si el diablo tenía la libertad de acción contra los hombres sin que ellos obtuvieran la protección divina, él no hubiera dejado a

nadie sano. El mal del diablo es tremendo. Sin embargo, él mismo no es intimidante, porque Dios no le permite dominar al hombre.

La verdad es que Satanás es débil y no es libre en dañar al ser humano; nos pone frente a nuestra verdadera responsabilidad hacia los males en el mundo. El diablo no puede obligarnos a cometer el mal, pero está en su poder inspirarnos para cometerlo. Satanás no tiene poder más que el de sugerir, y está en nuestras manos la libertad de elegir.

Dios nos ofrece Su voluntad divina, la de volver a Él y vivir, porque quiere que el hombre viva y no muera. Nos invita a aceptarla, se dirige a nuestra libertad, sin imponerse ni obligarnos. Jesús quiere, en su amor infinito, recibir nuestro amor, estimula nuestra dignidad humana y espera en la puerta tocando hasta que nos decidamos libremente a abrirle.

Satanás desea nuestra pérdida y explota nuestras debilidades. Se aprovecha de la debilidad de la carne y la multiplicidad de las pasiones; se aprovecha de nuestra ignorancia, el miedo, el interés propio, y todas nuestras debilidades. En estas heridas, él trata de soplar sus sugerencias tóxicas. El método de Satanás es violento, a cambio del método pacífico de Dios que ama. Satanás presiona sobre nuestra debilidad y ejerce la violencia en los lugares de nuestras heridas humanas, y de ahí nos empuja para realizar sus fines siniestros.

El ser humano, ante cada postura y en cada momento, puede ser objeto de la violencia del diablo que explota nuestras debilidades para sembrar en ellas sus sugerencias, o puede adherirse al Señor su Dios e invocarle, como invocó el hombre sufriente del evangelio: “¡Señor, Jesús hijo de David, ten piedad de mí”. En toda tentación, y bajo cada una de nuestras debilidades, podemos o aceptar la siembra de la sugerencia diabólica, o atraer la misericordia divina y su bálsamo.

Por ello, la Iglesia nos enseña repetir voluntariamente esta oración maravillosa que lleva el nombre de Jesús: “Señor Jesucristo, ten piedad de mí”, no sólo en los tiempos dedicados a la oración, y siempre con amor y anhelo, del mismo modo que el endemoniado gritaba, para que nos sentemos siempre, como aquél lo hizo, a los pies de Jesús con el gozo del amor divino, sanos, escuchando Sus palabras. Amén.

EPÍSTOLA

Prokimenon: Su voz ha salido por toda la Tierra, los Cielos proclaman la Gloria de Dios.

Lectura de la carta del Apóstol San Pablo a los Gálatas [1:11-19]

Pero os hago saber, hermanos, que el evangelio anunciado por mí no es invención humana, pues yo ni lo recibí ni lo aprendí de hombre alguno, sino por revelación de Jesucristo. Ya habéis oído acerca de mi conducta en otro tiempo en el judaísmo, que perseguía sobremanera a la iglesia de Dios y la asolaba. En el judaísmo aventajaba a muchos de mis contemporáneos en mi nación, siendo mucho más celoso de las tradiciones de mis padres. Pero cuando agradó a Dios, que me apartó desde el vientre de mi madre y me llamó por su gracia, revelar a su Hijo en mí, para que yo lo predicara entre los gentiles, no me apresuré a consultar con carne y sangre. Tampoco subí a Jerusalén para ver a los que eran apóstoles antes que yo; sino que fui a Arabia y volví de nuevo a Damasco. Después, pasados tres años, subí a Jerusalén para ver a Pedro y permanecí con él quince días; pero no vi a ningún otro de los apóstoles, sino a Jacobo el hermano del Señor.

HIMNO DOMINICAL - TONO III

Alégrense los cielos y regocíjese la tierra, porque el Señor hizo prodigio con su diestra; aniquiló la muerte con la muerte y fue el primogénito entre los muertos y nos salvó de lo profundo del infierno, concediendo al mundo la gran misericordia.

Kontakion - Tono VI

Oh Intercesora de los cristianos, nunca rechazada y mediadora perenne ante el Creador, no desprecies las súplicas de nosotros pecadores, que con fe te invocamos. No tardes en venir a nuestro auxilio y aumenta la súplica, oh Madre de Dios, que siempre proteges a los que te honran.

LECTURA MATINAL: 9

SANTORAL: San Abercio, igual a los Apóstoles, Obispo de Hierópolis, el milagroso.

EVANGELIO

Lectura del Santo Evangelio Según San Lucas [8:27-39]

En aquel tiempo, al llegar Jesús a la tierra de los gadarenos, vino a su encuentro un hombre de la ciudad, poseído por los demonios desde hacía mucho tiempo; y no vestía ropa, ni moraba en casa, sino en los sepulcros. Al ver a Jesús, lanzó un gran grito, y postrándose a sus pies exclamó a gran voz: ¿Qué tienes conmigo, Jesús, Hijo del Dios Altísimo? Te ruego que no me atormentes. - Porque mandaba al espíritu inmundo que saliese del hombre, pues hacía mucho tiempo que se había apoderado de él; y le ataban con cadenas y grillos para custodiarle, pues rompiendo las cadenas, era impelido por el demonio a los desiertos. - Y le preguntó Jesús, diciendo: ¿Cuál es tu nombre? Y él dijo: Legión. Porque muchos demonios habían entrado en él. Y le rogaba que no los mandase ir al abismo. Había allí un hato de muchos cerdos que pacían en el monte; y le rogaron que les permitiera entrar en ellos; y se los permitió. Y los demonios, salidos del hombre, entraron en los cerdos; y el hato se precipitó por un despeñadero al lago, y se ahogó. Viendo los porqueros lo que había pasado, huyeron y lo contaron por la ciudad y por los campos. Y salieron a ver lo que había sucedido; y vinieron a Jesús, y hallaron al hombre de quien habían salido los demonios, sentado a los pies de Jesús, vestido, y en su cabal juicio; y tuvieron miedo. Y los que lo habían visto, les contaron cómo había sido salvado el endemoniado. Entonces toda la multitud de la región alrededor de los gadarenos le rogó que se marchase de ellos, pues tenían gran temor. Y Jesús, entrando en la barca, se volvió. Y el hombre de quien habían salido los demonios le rogaba que le dejase estar con él; pero Jesús le despidió, diciendo: Vuélvete a tu casa, y cuenta cuán grandes cosas ha hecho Dios contigo. Y él se fue, publicando por toda la ciudad cuán grandes cosas había hecho Jesús con él.